

tística, de la vida tumultuosa de las urbes. Y nada ni nadie podrá detenerlo en esta empresa. Por el contrario, todo parecerá rendirse al ímpetu de su pasión y la Iglesia, el único poder organizado, en una suprema exhibición de sabiduría, se someterá a las circunstancias, conviniendo en un orden de coexistencia. Sigamos pues, el rastro de esta gigantesca transformación del espíritu humano por la gracia del ímpetu-impulso del lucro.

---

Europa sintió siempre la necesidad de mantener expeditas sus vías de contacto con el Oriente. El viejo sendero neolítico del ámbar fue luego usado por los escandinavos para llegar al Caspio al Mar Negro. En el Mediodía el Islam logró cierto tipo de comercio con los francos y en el bajo vientre de Europa, Venecia, asomada al Adrático, en ningún momento dejó de comerciar con Bizancio.

Pero la sacudida del mundo de la Alta Edad Media



mente lucrativos, se lanzan a la lucha frontal contra los musulmanes, empresa mitad religiosa, mitad mercantil. Una expedición de la que formaba parte el Obispo de Módena atacó a Mehdia en el año 1087. Fruto del triunfo fueron el saqueo de la ciudad y la imposición a los vencidos de un provechoso tratado comercial. A partir de este momento, el Islam desaparece del Mar Tirreno. Tras la huida árabe avanzaban las cruzadas, y al amparo de éstas los comerciantes regresan con el ruido de sus bajeles y el colorido de sus mercadería, astillando la placidez somnolienta de la Europa Feudal. Génova extiende sus intereses mercantiles a Siria, se instala en Jerusalén y en el año 1104 es dueña de la tercera parte de la ciudad de San Juan de Acre, de una calle que da al mar y una renta de 600 besantes de oro, pagadera con las alcabalas". (1) Al mismo tiempo, Pisa desarrolla un intenso comercio de abastecimiento a las comunidades cristianas que se han instalado, sobre todo, en Siria. El ímpetu febril del comercio es contagioso y la actividad italiana dinamiza la Provenza, donde Marsella sale a la mar en los navíos de sus traficantes que ya por entonces se encuentran sólidamente instalados en San Juan de Acre. Aparece también Barcelona en el escenario, si bien con actividades poco honorables: vendiendo esclavos moros. Las conquistas de las islas Córcega, Cerdeña, Sicilia, proclaman el imperio del Occidente, así como su absoluto

---

(1) H. PIRENNE: Op. Cit. Pág. 16

dominio del comercio desde el Bósforo y Siria hasta Gibraltar.

Al Norte la actividad comercial prosperaba, si no en la misma magnitud, a ritmo creciente y sostenido. Al caer en desuso los caminos de las llanuras rusas, el interés de Escandinavia y las ciudades bálticas se vuelve hacia el Occidente. El viaje para el Oriente se tornará más cómodo y seguro por las rutas del mar reconquistado y serán los puertos de los Países Bajos, en particular los que surgirán como núcleos gravitacionales de la pujante actividad mercantil. Para entonces, las ferias dominigueras que conocimos en el ocaso merovingio, más que como un medio de evacuar el excedente económico, como una lánguida pausa social de los rústicos agricultores (1)

---

(1) "Las ferias atraían siempre a la gente no sólo para fines comerciales sino también para fines sociales... En ellas había toda clase de espectáculos: animales salvajes, perros amaestrados, fenómenos monstruosos, poetas y músicos, actores y payados, salas de danza y de juego; y había toda clase de oportunidades para hacer dinero tanto por medios honrados como deshonestos." CLIVE DAY: Op. Cit. Pág. 64

se tornan a la altura del siglo XII en espectaculares y dinámicos mercados continentales. Las ferias que brillaron en la Champagne, constituyeron un verdadero centro de consumo y mercadeo, activos durante todo el año. Comercióbanse allí los artículos que Europa producía: tejidos de seda, lana e hilo; joyas, drogas y especias; artículos primarios como la sal y los metales; cueros y pieles; comestibles y bebidas; ganado y esclavos. (1) En estas ferias pululaban mercaderes de toda Francia y además, los procedentes de Flandes, de Italia, de Holanda, de Alemania y en menor grado, de España, Suiza e Inglaterra.

Pero hay ahora un elemento nuevo que contribuye al desarrollo de la actividad mercantil: la situación de la balanza de pagos de occidente, tal como lo advierte Marc Bloch. Como antes dijéramos, durante los últimos tiempos, la Europa Occidental había sido un crónico comprador de artículos del Oriente; en cambio, era poco capaz de vender nada. Esto no sólo produjo el colapso de la moneda carolingia como antes vimos, sino la virtual desaparición del oro que en esa forma escapaba al Oriente. Ahora, cuando la actividad económica despierta por obra de los factores antes citados, la balanza comercial se torna favorable. El elemento nuevo en la actual coyuntura es la fabricación

---

(1) Durante el siglo XII se celebraban en la Champagne seis ferias en distintos lugares y cada una duraba más de mes y medio. Las más importantes y famosas fueron las ferias de Troyes y de Provins.

dé tejidos. La industria textil, que rápidamente se extiende por toda Europa, es el principal artículo de exportación al Oriente, si bien la venta de esclavos sigue siendo fuente inconfesable y cínica de divisas. Oigamos sobre este punto las propias palabras de Bloch: "Pero las relaciones con el Oriente no sólo se hicieron más fáciles y más intensas: el rasgo capital es que cambiaron de naturaleza. Antaño casi únicamente importador, el Occidente se convirtió en un poderoso proveedor de productos manufacturados. Las grandes cantidades de mercancías que expedía hacia el mundo bizantino, hacia el Levante islámico o latino e incluso, aunque en menor medida, hacia el Noreste, eran de naturaleza muy diversa. Sin embargo, una de ellas domina sobre las demás: los tejidos". (1)

El Colapso de la Edad Media y la Insurgencia del Capitalismo

Nos acercamos ahora a uno de los períodos más fulgurantes y sorprendentes de la humanidad: la aparición del

---

(1) MARC BLOCH: "La Formación de Vínculos de Dependencia", UTEHA - Pág. 83

Capitalismo como aparato productor de excedentes colectivos. Y surge como consecuencia de otro elemento que le será indispensable a su existencia: el desarrollo del comercio. Dijimos un capitalismo como sistema de producción de excedentes colectivos. Es cierto. Ya en este largo itinerario tras los rastros del lucro tropezamos con otras formas de capitalismo, como aquella que configuraron fenicios y judíos al crear las empresas mixtas de comercio mediterráneo; el capitalismo bancario que aparece en el ámbito griego a mediados del siglo V y que facilita primordialmente la comercialización en el Egeo y poco después, el capitalismo empresarial y financiero que se agita bajo las toldas de las Sociedades Publicana durante el Imperio Romano. Pero en todos estos casos se trataba de un capitalismo mercantil y no de un capitalismo de producción. Aquél tenía como propósito la captura y la comercialización del excedente existente; éste que vamos a ver y que se gesta en las zonas umbrías de los temores góticos, se dedicará a la producción de excedentes para su comercialización.

Como el caso de todas las culturas aisladas, que terminan envenenándose en sus propios vapores, la "civilización agrícola" europea, para usar un concepto de Pirenne, había llegado a un punto de asfixia que se aproximaba vertiginosamente al fallecimiento: abandono y desaparición de ciudades; mengua de la población; aumento creciente del





damente que con la pillería y el saqueo, se volvieron empresarios y el norte de Europa se pacificó. Igual fue en el sur y en el Cercano Oriente. Cuando los venecianos y genoveses lograron imponer un modo de vida a cristianos y musulmanes, la paz regresó al Mediterráneo y el comercio recuperó su pasado esplendor y su indiscutible hegemonía.

Pero la paz y el orden no son condiciones absolutas para que se produzca una actividad mercantil: es preciso que previamente se produzca también el excedente que ha de transportarse de donde nada vale a donde tiene gran valor. En las postrimerías de la alta Edad Media el Mundo occidental, por las razones que ya vimos, carecía de excedentes. Además, le faltaba una unidad de cambio verdadera y respetada, y su balanza comercial mostraba un déficit pertinaz. Ahora bien; si el cuadro europeo no se daba igual en el mundo islámico, esto no mejoraba el hecho de que nunca logró almacenar excedentes en proporción semejante a la alcanzada por los griegos, primero, y luego por la Roma Republicana y la de los primeros siglos del Imperio. De modo, pues, que al producirse la pacificación virtual de toda la periferia europea y manifestarse algunas de las condiciones previas para la actividad del gran comercio —el comercio a grandes distancias— se hacía perentoria e indispensable la producción masiva de excedentes. Pero, ¿qué clase

se de excedentes?

Para que el comercio pueda sostenerse y multiplicarse es indispensable que en igual o parecida medida se diversifiquen y aumenten los artículos objeto del intercambio. El campo de comercialización que permite la agricultura es rigurosamente estrecho, como es todo comercio a base de artículos primarios. Y este tipo de intercambio fué rápidamente copado en las postrimerías de la baja Edad Media. Era, pues, una necesidad la transformación de las materias primas y la elaboración de productos naturales. En definitiva resultaba indispensable la aparición de la industria.

Salvo la producción en gran escala de excedentes, los elementos para la futura y magna revolución de la vida europea habían aparecido ya. Todo aguardaba el impulso último del impacto del lucro. "Un comercio exterior tan favorablemente equilibrado --nos dice Marc Bloch-- no podía dejar de canalizar hacia Europa monedas y metales preciosos, acrecentando como consecuencia, en proporciones considerables, el volumen de los medios de pago. A esta holgura monetaria, al menos relativa, se sumaba, para multiplicar sus efectos, el ritmo acelerado de la circulación. Pues, en el propio interior del país, los progresos del poblamiento, la mayor facilidad de las comunicaciones, el fin de las invasiones, que hicieron pesar sobre Europa una atmósfera de desorden y de pánico, y muchas otras causas que sería lar-



## CAPITULO XIII

### LA INDUSTRIA SE VA A LOS PUERTOS

En las raíces de la ciudad moderna el temor está presente como un factor dinámico. La orgullosa y soberbia urbe de hoy es en parte hija del miedo que se generalizó por Europa cuando se produjo el colapso del Imperio Carolingio. Al ocurrir el vacío político y de poder que antes mencionáramos, las comunidades se afilian a la protección de algún señor feudal que por entonces tenía más de aventurero, ladrón y pillo que de noble aristócrata.



das, ya sea en el fondo de un estuario o de una ensenada, ya sea en la confluencia de dos ríos, o en punto en que, dejando de ser navegable un río, los cargamentos de los barcos deben descargarse antes de seguir adelante, se convirtieron en tal forma en lugares de tránsito y de estancia para los mercaderes y las mercancías." (1)

Los "portus" que conocimos a lo largo de los siglos X y XI, o sea los lugares costeros, marítimos o fluviales por los que transitaban, manejaban, almacenaban o comerciaban artículos, se han ubicado, por las medianías del siglo XIII, en aquellos sitios que mantienen una permanente comunicación con el extranjero. Y a í, tras la concentración comercial que naturalmente se va produciendo en los puertos y sus alrededores, comienza a surgir una sostenida concentración industrial. Hacia los puertos se fueron los artesanos procedentes de las villas y de los burgos. La fabricación de artículos textiles --para citar el caso de Flandes-- que desde sus orígenes se realizaba en los campos y en las comunidades rurales, comenzó a efectuarse en los puertos, o en las zonas fluviales o marítimas, no tanto porque allí encontraban al mercader que adquiriría sus artículos, sino porque en los puertos hallábanse condiciones económicamente más favorables para la lana importada, las materias colorantes, etc., etc.

---

(1) H. PIRENNE: Op. Cit. Pág. 29

Ya aquí vemos encontrando los elementos que han de producir la gran transformación del mundo Occidental, la primera revolución económica de Occidente, comparable sólo a la Revolución Humana Agrícola: la Revolución Humana de la Transformación.

Hasta este momento, el hombre ha vivido básicamente de lo que la naturaleza de manera espontánea le ha querido ofrecer. En realidad, ha tomado los productos y los ha usado casi que en su forma natural. Salvo alguna labor de transformación rústica de metales y ciertas piedras, el hombre ha vivido obsesionado por el problema de la cantidad, es decir, la lucha contra la carestía, contra el déficit, contra el hambre.

La civilización agrícola --de que antes hablara Pirenne-- había entrado, a la altura del siglo XII en clara decadencia. La tierra laborable no era capaz de alimentar a la población que la ocupaba. Sin considerar todos los elementos que determinaban la desocupación y el éxodo permanente y creciente de la población feudal, --hambrunas, pestes, guerras-- debemos, sin embargo, citar una de las muchas disposiciones que obligaban al éxodo del campesino y del villano. Por ejemplo, la lotificación mediante la cual se cedía tierra a los campesinos, se hacía de modo que pudiera ser efectivo y seguro el cobro de los gravámenes que imponía el señor feudal. Esto significaba que en los casos de familias con numerosos hijos, que eran frecuentes,

se hacía inseguro y muy difícil que el padre pudiese cumplir con aquellos impuestos, de modo que la solución obvia era la emigración. Emigraban hacia los burgos y los puertos. Así, este hombre feudal desplazado del campo fué la primera materia prima de la naciente industria, ya que a ella acudían cuando no se contrataban como cosecheros en tiempo de vendimia o, simplemente, se iban a la guerra en calidad de mercenarios al servicio de algún señor feudal. Pero si bien al principio se trataba de una migración forzosa, más tarde, cuando el comercio tomó las insólitas proporciones que luego veremos y los burgos se fueron convirtiendo en dinámicos centros de producción, la fuga de los siervos hacia los nuevos centros mercantiles fué un movimiento día a día más incontenible y caudaloso. Pero volvamos la vista hacia los orígenes de este sorprendente fenómeno, deteniéndonos ante uno de los aspectos más pintorescos y trascendentales de él: las ferias. En un mundo en donde la vida era "corta, pobre, triste e ignorante", para usar la célebre expresión de Hobes, estas bulliciosas concentraciones de mercaderes valían por igual como generadores económicos y acontecimientos sociales, por lo que ejercieron una poderosa influencia en la transformación del orden imperante en el ocaso de la Edad Media.

Convencidos de lo útiles que las mismas resultaban como medios para dar salida a sus excedentes agrícolas y artesanales, así como de elemento catalítico de actividades